

REFLEXIONS

DESDE EL CORAZÓN: EL CAMINO DE LOS GRUPOS DE VARONES*

Joan Vilchez Cambroneró**

NACÍ en Málaga hace 37 años en una familia modesta. Cuando nació mi hermana, dos años después en Granada, emigramos a Valencia. Aún no tenía yo 6 años cuando encerraron en la cárcel a mi padre; mi madre tuvo que ponerse a trabajar y mi hermana y yo fuimos llevados a un internado de monjas. Dentro estaban separados los niños y las niñas, de modo que sólo veía a mi hermana una vez a la semana, los domingos por la tarde, en que estaban permitidas las visitas de nuestros familiares.

Al año siguiente, cuando los chicos cumplíamos los siete, me trasladaron a otro internado de curas, sólo para varones, en el que permanecí recluido hasta cumplir los 13 años y empecé mi primer trabajo en una especie de imprenta. Habitualmente quien venía a vernos era mi madre que nos traía la mejor merienda que podía, repartiendo

las cuatro horas de visita dominical entre los dos colegios, entre su hija y su hijo. Rara vez vino a verme mi padre. Desde que salió de la cárcel quedó atrapado en una cierta marginación laboral y familiar de modo que su círculo de amistades se ceñían a los aficionados al mundo taurinos, al teatro de variedades y a los bares del barrio. Y los domingos por la tarde habían toros.

He lamentado mucho la falta de contacto con mi familia. Pasé miedo en el internado, entre cientos de chicos de siete a veintitantos años. Sentí hambre de cariño, que apenas nos podían dispensar una docena de curas. Era difícil sobrevivir en aquella «guardería» reservada a hijos de personas desconocidas, de viudas, del psiquiátrico o de la cárcel. En este ambiente marginal y masculinizado continué mi formación como «hombre» hasta la adolescencia en que era necesario que me pusiera a trabajar para «sacar la casa adelante».

En la imprenta estuvo pocos meses, también con hombres. Tras aprobar unas oposiciones, entré a trabajar en unos astilleros. Junto a 2.000 varones y 5 mujeres estuve ahí 13 años como mecánico y delineante. Mientras di un cambio en mi vida y estudié Psicología especializándome en Sexología. Dejé mi puesto de trabajo «seguro» por un contrato de 6 meses en un Centro de Orientación Familiar en el que llevo trabajando desde hace seis años, en equipo con cuatro mujeres.

Recuerdo aquellas rejas negras y puntiagudas que rodeaban el internado. Todavía puedo conectar con las emociones que

sentía al atravesarlas tres veces al año: unos días en Navidad, otros en Semana Santa y un mes en el verano, al salir... y al volver. Dentro me asustaba la violencia y la falta de calor humano. Soñaba con el día en que saldría de este «hogar-cárcel» para integrarme en «la sociedad». Creía entonces que afuera las cosas serían completamente diferentes a como lo habían sido adentro. Me llevé una gran decepción: me encontré con el mismo código represivo, con los mismos valores sexistas aunque, eso sí, en una «cárcel» mucho más sutil, más grande y con otras posibilidades. Y todavía cultivo una honda esperanza en el alma, una sentida convicción interna: *es necesario y posible el abrir espacios de libertad, de encuentro, de transformación de nuestros sistemas de creencias, de actitudes y de comportamientos. Aprender a sanar las heridas que el patriarcado nos ha producido de diferente manera a mujeres y varones es uno de nuestros retos actuales. Cada persona tiene una historia personal que puede compartir y transformar.*

No es casual que en el año 1985, desde la Societat de Sexologia del País Valencià, propusiera la *creación de un Grupo de Hombres* en Valencia y me ofreciera a coordinarlo. Había pasado muchos años de mi vida entre hombres y siento que el tipo de relaciones que se dan entre nosotros, en general, son competitivas, violentas, superficiales, autoritarias y perjudiciales para nuestra salud. Y sentimos este impulso de acercamiento un promedio de 10 varones, que nos reuníamos cada 15 días en círculo, en alguna casa y nos dedicábamos a escuchar cálidamente las aportaciones de cada cual: las dificultades sexuales, las frustraciones afectivas, los secretos temores que teníamos. Fuimos compartiendo vivencias, creció la confianza y aprendimos a respetarnos y a tratarnos un poco mejor. La experiencia del primer año nos animó mucho y nos permitió afrontar nuestra vida cotidiana de otra manera, con el soporte de grupo. El segundo año siguió el proceso, con anteriores y nuevos participantes y el mismo modelo de grupo: autogestionado, de base, tratando entre todos de ir profundizando tras la máscara de la masculinidad, con nuestros miedos y nuestros deseos.

En esta *primera etapa de Grupo de Hombres de base*, que duró un par de años, yo alternaba la función de coordinador con la de participante. Esto favorecía la comunicación y la continuidad del grupo pero limitaba la implicación personal al no poder «contener» y atender adecuadamente las demandas terapéuticas crecientes de los

* Comunicación al IV Congreso Estatal de Sexología, celebrado en Valencia, en diciembre 1991 (revisada).

** Psicoterapeuta de orientación reichiana. Psicólogo y sexólogo.

«Para movernos, aunque sólo sea un centímetro, fuera de nuestra prisión, es preciso que primero aceptemos que estamos atrapados en ella.» (Wilhelm Reich.)

participantes.¹ Decidí, junto con Juan Luis García Ferrer, comenzar una *segunda etapa*, creando otro modelo de grupo, los «*Talleres de Reflexión, Autoconocimiento e Integración Psicosexual para varones*» concebidos como grupos de autoayuda, con duración de un fin de semana y con el objetivo de llegar a más hombres en un marco más terapéutico. Con estas experiencias ya han tenido contacto alrededor de un centenar de varones en nuestro país.² Los temas que más hemos trabajado han sido:

- La identidad masculina.
- Cómo vivimos nuestra sexualidad.
- Nuestras relaciones cotidianas con las mujeres y los varones.
- Los sentimientos.
- La salud.

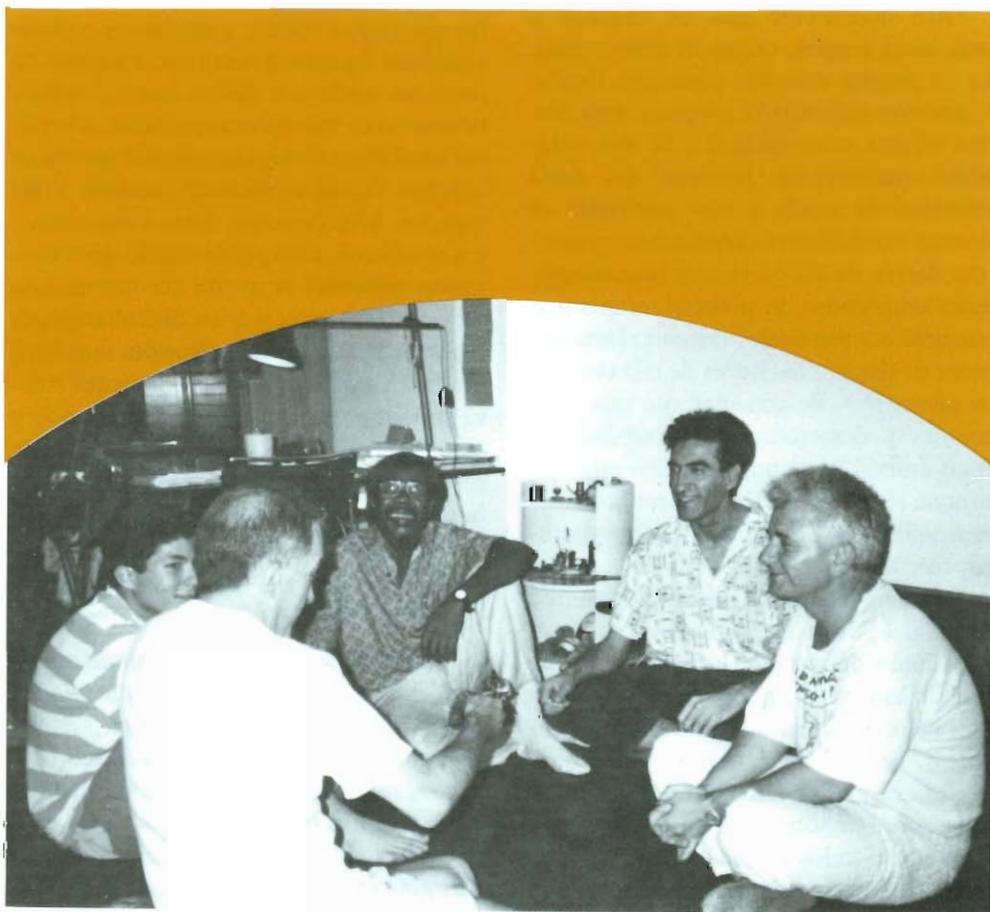
En los dos últimos años hemos comenzado una *tercera etapa: el encuentro social*, tratando de divulgar nuestras modestas experiencias con Grupos de Varones a través de artículos y entrevistas en prensa, revistas, radio y televisión, intentando despertar el cuestionamiento de la masculinidad en los varones. Tratamos de conectar con otros compañeros que en nuestro país y en el resto del planeta comparten anhelos similares de liberación: conocí a Frank Cardelle y me informó que en EE. UU. funcionan desde hace 10 años Grupos de Hombres. Él también coordina grupos de este tipo en Colombia, Hungría, Alemania, Suiza y últimamente en España. Además de Valencia, también en Barcelona, Sevilla y Bilbao se está realizando experiencias con Grupos de Hombres, ya sea en forma de grupos-base o de talleres.

Recogiendo una cita de W. Reich, creo que «quien desea cambiar algo de sí mismo, más pronto o más tarde, tiene que participar en algún tipo de acción social». Y es que los seres humanos nacemos en el interior de un grupo social (familia) y vamos construyendo nuestra propia identidad a través de las relaciones significativas que vamos estableciendo con las personas que nos rodean en los diferentes grupos que habitamos (escuela, amistades, trabajo, etc.). Cada grupo nos devuelve una imagen de nosotros mismos, de nuestras limitaciones y posibilidades, nos pone en contacto con aspectos concretos de nuestra personalidad y de nuestra vida. Los Grupos de Varones nos ofrecen una oportunidad de reencuentro, de abrirnos a relaciones personales más auténticas, francas, de mutuo apoyo, de renovar la confianza en los demás y en nosotros mismos. Son muchas las heridas a sanar, pero también son abun-

dantes los recursos y cualidades que pueden renacer en todos y cada uno de nosotros. Hay una pulsación vital en el grupo que transforma nuestras energías, cuando ponemos en él nuestro corazón.

Reconozco que *el camino de los movimientos de reflexión masculina actuales tienen su origen en el movimiento feminista*, que en las últimas décadas ha calado profundamente en la sociedad, no sólo entre las mujeres. También los varones han visto, oído y sentido los planteamientos igualitarios de las mujeres, las denuncias de violencias y discriminaciones hacia ellas por parte del colectivo masculino. *La respuesta de los hombres* es incierta. Algunos han reaccionado con miedo a perder sus privilegios y su poder y se encierran en el machismo rígido. Otros han comenzado a cultivar su sensibilidad y están receptivos a las situaciones de injusticia sexista que plantean las mujeres con las que se relacionan, tratando humildemente de aprender de ellas y asumir lo mejor posible ciertos cambios en lo cotidiano (ocuparse el varón también del hogar y de la atención a los/as hijos/as, etc.). Otros se adaptan camaleónicamente a los nuevos tiempos y cuidan su apariencia social, pero en su entorno privado están atrapados íntimamente por la

educación y experiencia sexista vivida. Los varones que se han ido distanciando del modelo tradicional de la «media naranja», y han entrado en un proceso individual y solitario de autocritica, de reflexión y de cambio, aportan una lectura personal sincera y atractiva, en ocasiones dolorosa y traducida al masculino, de que muchos planteamientos feministas puedan resultar también liberadores para los varones. Lo que ocurre, como dijo en un coloquio mi amigo *Josep Vicent Marqués*, es que «los varones están a punto de dar un gran salto... pero tienen miedo de dejarse los güevos en el camino». Este compañero ha sido para mí una fuente de inspiración y de conocimiento. Tuve ocasión de escuchar personalmente su visión crítica sobre la construcción social del varón, de compartir tertulias y reuniones. Asistió a alguna reunión inicial del Grupo de Hombres de Valencia. Nos comentó de modo informal que él había montado un grupo de hombres años atrás, cuando preparaba su tesis doctoral, y que les pasó un cuestionario sobre la masculinidad. Parece que los participantes entraron en crisis y el grupo sobrevivió poco tiempo. Siento que él está aportando, desde hace años, un punto de referencia teórico lúcido y significativo para todos aquellos valores que intentan desprender-



Grupos de varones: de la incomunicación al contacto.

se del machismo día a día y aprenden a ser personas.

Las mujeres con las que he compartido amor, amistad, trabajo, estudios, etc., y convivencia, me han ayudado a abrirme a espacios prohibidos a los varones, a otra cultura complementaria, a reencontrarme con aspectos míos reprimidos o enterrados bajo la calificación social peyorativa de «femeninos», cuando en verdad se trata de valores y necesidades básicas como seres humanos. Una de las mujeres que más fértil influencia tuvo en mí desde antes de plantearme la creación de Grupos de Varones fue *Fina Sanz*. La conocí también a través de la Societat, de las actividades que compartíamos, de los debates acerca de las relaciones entre mujeres y varones, de sus originales aportaciones teóricas y prácticas, de sus Grupos de Crecimiento Erótico y Desarrollo Personal. Con ella he aprendido muchas cosas y me alentó desde el primer momento a buscar este camino grupal dentro del colectivo masculino, a nivel personal, social y profesional. De ella he tomado muchas reflexiones y ejercicios que aplico en los Grupos de Varones.³ Hoy en día la quiero mucho, la siento mi compañera y para mí es una fuente inagotable y viva de inspiración, junto con su hijo Andreu, con quienes comparto mi cariño.

Otro ingrediente que me impulsó a crear estos grupos, quizás el más crucial, fue mi *propia situación personal*. Estaba yo entonces pasando mi propia terapia después de una crisis laboral y de una separación matrimonial. Reconocí que tenía necesidad de ayuda y tras participar en diversas y ocasionales experiencias terapéuticas dentro de las corrientes humanistas, decidí emprender un proceso terapéutico sistemático y profundo, tratando honestamente de llegar a las raíces de mis conflictos personales, de conectar con mis limitaciones y desarrollar mis posibilidades como animal humano. Para ello elegí un enfoque reichiano: la Vegetoterapia Caracteroanalítica, también llamada Orgonoterapia, con *Xavier Serrano*. Gracias a su valiosa y estimada ayuda como «buen padre» terapéutico, durante cinco años de trabajo individual y dos años de terapia grupal, he flexibilizado mi carácter y mi coraza defensiva, he revivido emocionalmente mis carencias, he conectado con mis auténticas necesidades y he podido gradualmente reestructurar mi personalidad, autorregulándome mejor a todos los niveles de mi vida. En algún momento de este proceso, conecté con la agresión afectiva que para mí supuso el aislamiento y la falta de contacto con mi padre, con el hueco que tenía en el cen-

tro de mi pecho. E intuí que algo podía hacer por reparar esa carencia de mi parte de «niño». Miré a mi entorno y empecé a comprender que yo no era el único «raro», que hay otros varones lesionados por el sistema patriarcal, que la falta de comunicación y de contacto en la relación padre-hijo es una dolorosa herida en el corazón de muchos varones. Y me propuse crear un Grupo de Varones, con el deseo de facilitar relaciones más saludables entre nosotros, aprendiendo a tratarnos mejor y ayudándonos a construir dentro de cada cual otros referentes más válidos y positivos como varones y como personas. El primer tema que nos vinculó fue el cuestionarnos cómo vivíamos realmente nuestra sexualidad.

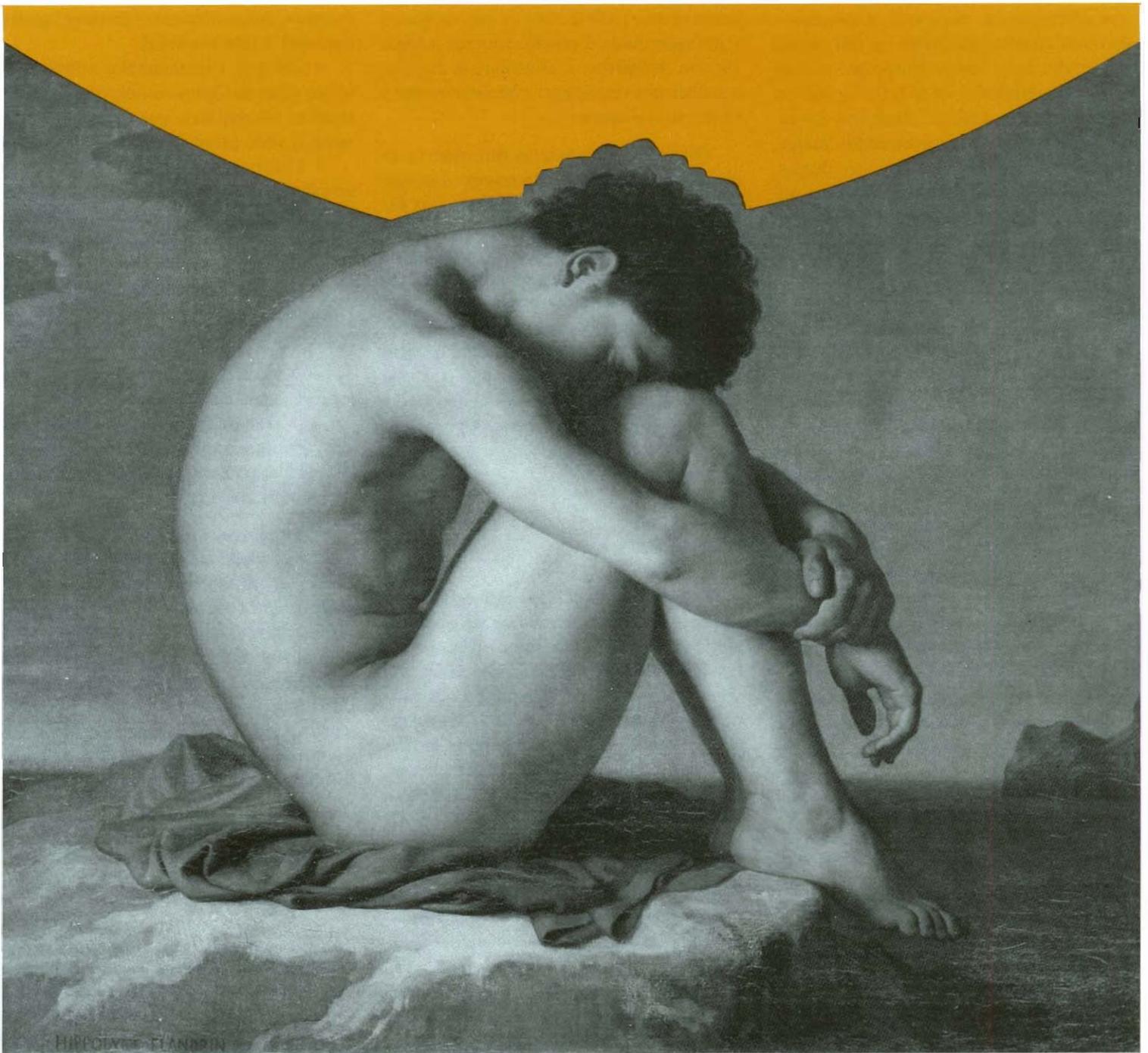
La sexualidad en los varones está muy vinculada a su rol social, de ahí que consideremos la interrelación. Al ser nuestra sociedad competitiva, esto implica que hemos de esconder nuestros aspectos vulnerables, no sea que el otro/la otra se aprovechen y nos perjudiquen. Los varones también hemos sido agredidos, en nuestro proceso de crecimiento por otros varones, por el sistema patriarcal. Si repasas tu propia historia personal, quizás puedas reconocer situaciones en que te has sentido agredido físicamente, sexual, emocional o espiritualmente. Y tenemos tendencia a reproducir aquello que hemos vivido, a continuar maltratándonos los unos a los otros, o a pasar de nosotros mismos o de los demás, convirtiéndonos en máscaras acorazadas, cómplices en el silencio a las agresiones que otros varones siguen realizando también a las mujeres, a las personas niñas y ancianas... y a sí mismos. Estoy convencido de la profunda necesidad de ayuda que tenemos en general los varones y de las dificultades que tenemos para aceptarla. Resulta más fácil cambiar las ideas que los sentimientos y lleva su tiempo y esfuerzo el ir integrando y autorregulando ambos sistemas. Hay personas que, si no emprenden un honesto trabajo terapéutico, pueden dar un gran salto con la cabeza, pero el cuerpo se las ve a quedar atrás y su salud puede resentirse de alguna manera.

Los hombres tenemos dificultades para reconocer que necesitamos ayuda emocional, y más aún de otros varones. Debido a la posición social superior que aún ocupamos respecto de las mujeres suponemos «que estamos bien», que nuestro rol es el de «lobo solitario», que los demás varones son potencialmente peligrosos. Y nos distanciamos en nuestros encuentros (fantasmas de rivalidad, homosexualidad, temor a salirse del rol interiorizado como mascu-

lino, etc.). Son nuestros miedos los que nos separan. Quizás la revolución pendiente que tenemos los varones es atrevernos a conectar con nuestro espacio interior, aprender a escuchar los sentimientos, atender las necesidades afectivas y materiales de nuestro «niño» interno, y de las demás personas con las que nos relacionamos.

En la adolescencia, hay un período en que los jóvenes varones comparten un tipo especial de intimidad, en esos momentos de transición entre la infancia y el proceso de integración en el colectivo de los hombres adultos. Se crea un vínculo afectivo con otros varones, un intercambio de vivencias, una rebelión contra lo establecido, contra lo interiorizado negativamente, se inicia la búsqueda de una nueva identidad que no es ajena a los modelos y valores sociales vigentes. Así, este impulso de acercamiento de unos varones a otros es vivido a partir de cierto momento como algo antinatural, como algo sospechoso de homosexual, en el sentido peyorativo de «poco masculino» con lo cual tiende a reprimirse, a disfrazarse. Como dice Michael Kaufman⁴ «... el mantenimiento de la heterosexualidad en nuestra sociedad pasa por la homofobia, es decir, por crearnos a los varones una actitud fóbica, de rechazo, hacia los sentimientos afectivos o sexuales que podemos tener uno respecto de otro, hasta tal punto que la única manera de expresar esa represión sexual que tenemos es agrediéndonos, maltratándonos, eso sí está socializado. Vivimos en una sociedad que ha institucionalizado ese tipo de violencia sexual entre los hombres».

El modelo social y sexual de la «media naranja» favorece en el varón un desarrollo parcial y exagerado de los aspectos considerados masculinos a costa de la represión parcial de otros, los que son considerados femeninos; en la mujer ocurre a la inversa. Esto produce un alto grado de atractivo y de dependencia en las relaciones entre mujeres y varones, nos necesitamos para sentirnos completos, para compensar en el otro/la otra, esas facetas humanas que nos han sido prohibidas por nuestra pertenencia a uno u otro género. La vivencia del sistema de roles sexista ha tenido sus secuelas y quizás hay varones que viven este conflicto entre lo que piensan, lo que sienten y lo que hacen, que tienen dificultades para encontrar su integridad. Todavía no hemos desmontado este nocivo sistema discriminatorio que mantiene su presencia, no sólo en el exterior, sino también en el inconsciente individual y colectivo, interfiriendo a menudo en nuestro funcionamiento, empujándonos a relacio-



nes de poder y no de respeto e igualdad. *El proceso de liberalización masculina pasa por la exploración de las creencias, sentimientos y funciones que han sido marginadas de nuestra consciencia y de nuestra vida por haber sido calificadas de «femeninas».* De revisar nuestras relaciones con las mujeres, de conectar con nuestras heridas en la relación madre-hijo de aprender a atravesar nuestras fijaciones y bloqueos, de crear las condiciones óptimas para el diálogo y el encuentro. Muchas de las disputas que se producen actualmente entre las parejas tienen sus raíces en la limitaciones que como hijo o hija vivieron en relación con su padre y con su madre. Podemos ayudarnos a descubrir nuestras necesidades, a desarrollar nuestras capacidades, a evolucionar.

En el proceso de adquisición de la masculinidad el niño se siente presionado a aceptar ciertos valores, a uniformarse para que se le quiera y se le trate bien. Los uniformes van cambiando con la edad y con los papeles que va asumiendo. Pero tras los años, después de llevar disfraces tanto tiempo, corazas que le han protegido y aislado de ciertas pulsiones internas y que le han permitido sobrevivir en el mundo, algunos varones no pueden distinguir la malla de la piel, vivenciando una cierta crisis de identidad. Otros siguen identificados con su disfraz: «yo es que soy así». Pienso que, en diferente grado, *se da una profunda alineación en los varones.* Creo que en la medida en que un hombre es más consciente de la diferencia entre la persona y el personaje, entre la fachada y lo que pue-

de haber detrás y toma el riesgo de acercarse a su piel ¡se va a encontrar con muchas cosas! Entre otras, con una sensación de soledad.

La soledad en el proceso de búsqueda de la propia identidad como varón, es distinta al aislamiento, al quedarse amargado y resentido y no hacer nada por salir de ahí. La soledad puede ser creativa, vivida como una etapa personal en la que podemos aprender algo (muchos varones no se han tenido que ocupar de la casa y de los hijos hasta que al separarse han tenido que hacer frente, solos, a ciertas funciones básicas). Puede ser un estímulo para reconsiderar nuestro lugar en el mundo, nuestras relaciones con las personas y el entorno, un espacio necesario para conectar con nues-

tros sentimientos, para salir al encuentro de otros varones que están en situaciones similares y darse apoyo mutuo en los cambios, para colaborar en la transformación del colectivo masculino. Podemos aprender a ejercer nuestra «paternidad» mejor, con nosotros mismos y con los demás, aportando algo desde donde estamos podemos participar en varios proyectos alternativos: colectivos ecologistas, antimilitaristas, gays, etc. También podemos crear o participar en grupos de varones.

Sé donde estoy y hacia donde voy pero no sé hasta dónde llegará, hasta dónde ni cuándo llegaremos. *Siento que en estos momentos se está gestando un nuevo camino para muchos hombres, que empezamos a encontrarnos y reconocernos*, que estamos abriendo espacios para expresar cosas que apenas acertamos a verbalizar, receptivos a lo que aflora en nuestra consciencia. Creo que es importante no preocuparse demasiado por la meta (¡ya hemos funcionado así mucho tiempo!) y *poner más el corazón en el proceso*, confiar en que la tarea personal y colectiva que modestamente realizamos va a dar sus frutos, que todo proceso requiere su tiempo, su ritmo, su desarrollo..., que por cierto va a depender de lo que aportemos cada cual.

En esta comunicación he pretendido *hablar como varón desde mi corazón*, desde otro lugar diferente al habitual («objetivo», racionalista, etc.). Asumo el riesgo de exponerme en público, de mostrar aspectos vulnerables de mi persona, de ser interpretado desde los esquemas caracteriales de cada cual. Pero también acepto la posibilidad de que algunos varones (no es casual) al leer estas páginas sientan que algo se moviliza dentro de ellos y entiendan que si uno se abre, eso va a ayudar a otros, también, a abrirse, que si tú no das ningún paso por acercarte al otro, nada va a cambiar. Animo desde aquí a otros varones a contar algo de su *historia personal como hombres*. Todos podemos dar y recibir apoyo: palabras rompen silencio, andares trazan senderos.

Una de las barreras con las que me encuentro en el trabajo con los varones es el «*narcisismo masculino*» que nos impide aflojar las defensas, reconocer nuestras dificultades y pedir y aceptar ayuda de los demás personas. Pienso que es interesante la autocrítica, la disposición a reconocer nuestras distorsiones, el contactar con nuestros «internados»... pero acompañada del compromiso, de la propia responsabilidad en el mantenimiento o en el cambio de nuestra situación. Puedo estar

quejándome toda la vida de mis carencias y no hacer nada o puedo empezar a reparar mis desgarros, a escuchar mi cuerpo, a sanear mis relaciones, a reconstruirme y reinventar el entorno.

Otra de las limitaciones que observo en el trabajo con grupos de hombres es que tras el encuentro en algún taller y tras valorar la experiencia como muy positiva, los varones no suelen continuar grupalmente su proceso, se disgregan. Es como si los varones todavía tuviéramos reparos en asumir nuestra «paternidad», el poner los medios para que la semilla crezca en nuestro corazón y en nuestra vida, para que *este espíritu de hermandad se mantenga vivo y se extienda a otros hombres*. Con acudir a un taller de fin de semana no es suficiente.

PERSPECTIVAS

Es importante el abrir espacios de encuentro, reflexión, comunicación y cambio entre varones a todos los niveles, propiciando la creación y el desarrollo de un Movimiento de Varones alternativo que pueda servir de referencia positiva al resto del colectivo masculino y que cumpla la función de transformación personal y social, de forma similar a la función que desempeña el Movimiento Feminista en la toma de contacto de las mujeres con su situación real y promueve cambios hacia unas relaciones más igualitarias y justas. A partir de que los varones empecemos a cuestionarnos también nuestras deformaciones sexistas, producidas por el sistema patriarcal, estoy convencido de que será posible un auténtico diálogo y cooperación entre mujeres y varones, abordando los conflictos actuales desde otras posiciones más saludables para ambos.

Actualmente, dentro del Movimiento de Varones, se me ocurren algunas iniciativas que pueden facilitar nuestra evolución y compromiso:

- Cultivar una actitud más receptiva a los planteamientos igualitarios de las mujeres, asumiendo el compartir funciones que culturalmente han sido consideradas como exclusivas de uno u otro sexo.

- Iniciar procesos de contacto, coordinación y cooperación entre los varones que a nivel individual o colectivo están cuestionándose los valores, actitudes y comportamientos atribuidos tradicionalmente al género masculino y que están comprometidos en el cambio de sí mismos y de otros

varones, desde diferentes ámbitos, a nivel nacional e internacional.

- Difundir e intercambiar información sobre planteamientos autocríticos y experiencias alternativas, que ayuden a los varones a abrir procesos de transformación.

- Crear redes de apoyo y recursos de autoayuda y de contacto entre los varones.

- Proponer temas de investigación y debate en torno a la situación real del colectivo masculino.

- Promover actividades que posibiliten la comunicación entre varones y que estimulen nuestra evolución. Por ejemplo:

- Organizar encuentros de varones, a nivel local, autonómico y nacional.

- Creación de un boletín donde recoger y divulgar aportaciones originales (por ejemplo historias y vivencias personales y reflexiones colectivas).

- En Hungría, en julio de 1993 se celebrará un Congreso Mundial de Hombres. Puede ser una interesante ocasión de encuentro entre varones de diferentes lugares del planeta, una dosis de energía estimulante para el proceso que sigue cada cual. Nosotros también podemos colaborar con nuestras aportaciones y nutrirnos mutuamente, intercambiando experiencias y generando proyectos conjuntos de transformación personal y colectiva.

NOTAS

¹ Ver comunicación «*Grupo de Hombres: descripción y análisis de una experiencia grupal entre varones*» presentada por J. Vilchez al XV Congreso de la Sociedad Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo presentada el 13 de junio de 1987 en Valencia.

² Ver ponencia «*Grupos de Hombres: la sexualidad masculina a debate*» de J. Vilchez y J. García Ferrer, presentada al IV Congreso Estatal de Planificación Familiar, celebrado en Sevilla en noviembre de 1989. Está publicada en la revista *Energía, Carácter y Sociedad* vol. 8 (1) de 1990. También se presentó en resumen al III Congreso Español de Sexología, celebrado en Madrid en noviembre del 89.

³ Fina Sanz es psicoterapeuta, pedagoga y sexóloga, creadora de una metodología propia. Además de sus artículos ha publicado el libro *Psicoerotismo femenino y masculino* en el que hemos colaborado en el capítulo «El psicoerotismo masculino». J. García y yo. Edit. Kairós-Institut Valencià de la Dona, 1990.

⁴ Ver *Hombres: placer, poder y cambio* de Michael Kaufman. Edit. CIPAF. Santo Domingo, 1989.